CAPITOLO 12

Dalla pampa *vacía* alla metropoli multi-etnica: rappresentazioni ed elaborazioni

Camilla Cattarulla

Docutextos

1. HERNÁNDEZ J., 1872-79/2000, *Martín Fierro*, Canto V, Versi 800-930.

El gaucho Martín Fierro
CANTO V
Versi 800-930

Yo andaba desesperao
aguardando una ocasión
que los indios un malón
nos dieran, y entre el estrago
hacérmelés cimarrón
y volverme pa mi pago.

Aquello no era servicio
ni defender la frontera:
aquello era ratonera

en que es más gato el más juerte: era jugar a la suerte
con una taba culera.

Allí tuito va al revés:
los milicos se hacen piones,
y andan por las poblaciones
emprestaos pa trabajar;
los rejuntan pa peliar
cuando entran indios ladrones.

Yo he visto en esa milonga
muchos jefes con estancia,
y piones en abundancia,
y majadas y rodeos;
he visto negocios feos
a pesar de mi inorancia.

Y colijo que no quieren
la barunda componer:
para esto no ha de tener
el jefe, aunque esté de estable,
más que su poncho y su sable,
su caballo y su deber.

Ansina, pues, conociendo
que aquel mal no tiene cura,

que tal vez mi sepultura
si me quedo iba a encontrar,
pensé en mandarme mudar
como cosa más sigura.

Y pa mejor, una noche
¡qué estaquiada me pegaron!
Casi me descoyuntaron
por motivo de una gresca.
¡Ahijuna, si me estiraron
lo mesmo que guasca fresca!

Jamás me puedo olvidar
lo que esa vez me pasó:
dentrandu una noche yo
al fortín, un enganchao,

que estaba medio mamao,

allí me desconoció.

Era un gringo tan bozal,

que nada se le entendía.

¡Quién sabe de ande sería!

Tal vez no juera cristiano,

pues lo único que decía

es que era *pa-po-litano*.

Estaba de centinela

y, por causa del peludo,

verme más claro no pudo

y esa jue la culpa toda.

El bruto se asustó al ñudo

y fi el pavo de la boda.

Cuanto me vido acercar:

"¿Quién vívore?" -preguntó:

"Qué víboras" -dije yo.

"¡Ha garto!" -me pegó el grito.

Y yo dije despacito:

"Más lagarto serás vos."

Ahi no más ¡Cristo me valga!

rastrillar el jusil siento;

me agaché, y en el momento

el bruto me largó un chumbo;

mamao, me tiró sin rumbo,

que si no, no cuento el cuento.

Por de contao, con el tiro
se alborotó el avispero;
los oficiales salieron
y se empezó la junción:
quedó en su puesto el nación
y yo fi al estaquiadero.

Entre cuatro bayonetas
me tendieron en el suelo.
Vino el mayor medio en pedo
y allí se puso a gritar:
"Pícaro, te he de enseñar
a andar declamando sueldos."

De las manos y las patas
me ataron cuatro cinchones.

Les aguanté los tirones
sin que ni un ¡ay! se me oyera
y al gringo la noche entera
lo harté con mis maldiciones.

Yo no sé por qué el gobierno
nos manda aquí a la frontera
gringada que ni siquiera
se sabe atracar a un pingo.
¡Si creará al mandar un gringo
que nos manda alguna fiera!

No hacen más que dar trabajo,
pues no saben ni ensillar;
no sirven ni pa carniar,
y yo he visto muchas veces

que ni voltiadas las reses
se les querían arrimar.

Y lo pasan sus mercedes
lengüetiando pico a pico
hasta que viene un milico
a servirles al asao...

Y eso sí, en lo delicaos
parecen hijos de rico.

Si hay calor, ya no son gente,
si yela, todos tiritan;
si usté no les da, no pitán
por no gastar en tabaco,
y cuando pescan un naco
uno al otro se lo quitan.

Cuando llueve se acoquinan
como el perro que oye truenos.
¡Qué diablos! sólo son güenos
pa vivir entre maricas,
y nunca se andan con chicas
para alzar ponchos ajenos.

Pa vichar son como ciegos,
ni hay ejemplo de que entiendan;
no hay uno solo que aprienda,
al ver un bulto que cruza,
a saber si es avestruza,
o si es jinete, o hacienda.

Si salen a perseguir

después de mucho aparato,

tuitos se pelan al rato

y va quedando el tendal:

esto es como en un nidal

echarle güevos a un gato.

2. DISCÉPOLO A., *Babilonia, Una Hora entre criados in Canillitas y otras obras*, Selección, prólogo y notas por el profesor Jorge Lafforgue, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1979 pp. 103- 149.

BABILONIA
UNA HORA ENTRE CRIADOS²²
(1925)
Obra en un acto
de
ARMANDO DISCEPOLO

Pascual Carcavallo, viejo amigo de siempre, te brindo Babilonia.

Por las horas buenas y las horas malas que gozamos y sufrimos juntos.

Armando

La Calera, Córdoba, 1925.

ARMANDO DISCEPOLO

Nace en Buenos Aires en 1887. Realizados los estudios literarios se emplea para ayudar al mantenimiento de la familia. Apenas contaba con alguna experiencia en cuadros filodramáticos —en ellos había trabajado junto a la luego célebre Camila Quiroga— cuando en 1910 estrena *Entre el hierro*, por la compañía de Pablo Podestá, con Orfilia Rico, en el Teatro Buenos Aires. Desde ese momento su actividad como director artístico y autor se vuelve muy intensa, mientras quedan definitivamente relegadas sus aspiraciones actorales. Certifican lo primero más de un centenar de puestas en escena (aparte muchas de las propias, dirige obras de Laferrère, Carlos Gorostiza, Guillermo House, Omar del Carlo, para sólo mencionar algunos autores nacionales); en cuanto a lo segundo, Discépolo estrena en 24 años de actividad treinta y dos piezas, aunque no todas bajo su sola firma (colaboraron con él su hermano Enrique Santos, Mario Folco, Federico Mertens y sobre todo Rafael José De Rosa), si bien las fundamentales le pertenecen íntegramente (cabe destacar, en particular, sus grotescos criollos). Ha de integrar repetidas veces la comisión directiva de la Sociedad de Autores y será director general de Radio El Mundo. Muere en 1971.

Sus obras principales son: *La fragua*, *El movimiento continuo* (en colaboración), *El vértigo*, *Mustafá* (en col.), *Mateo*, *Hombres de honor*, *Giácómo*, *Muñeca*, *El organito* (en col.), *Babilonia*, *Patria nueva*, *Stéfano*, *Levántate y anda*, *Amanda* y *Eduardo*, *Cremona* y *Relojero*, última obra, estrenada el 23 de junio de 1934.

PERSONAJES

Cavalier Esteban: italiano, 55 años

Señora Emilia: criolla, 50 años

Sus hijos: Emma: 25 años. Víctor: 24 años

Piccione: chef, napolitano, 55 años

Carlota: cocinera, francesa, 50 años

Isabel: mucama, madrileña, 25 años

José: mucamo de comedor, gallego, 35 años

Lola, mucama, gallega, 30 años

Eustaquio: mucamo, criollo, 25 años

Alcibiades: mucamo, gallego, 30 años

China: mucama, cordobesa, 20 años

Otto: chauffeur, alemán, 35 años

Secundino: portero, gallego, 45 años

Cacerola: pinche, napolitano, 15 años

La acción en Buenos Aires. Derecha e izquierda del espectador.

ACTO UNICO

(Decoración: Cocina y dependencias de criados en los sótanos de una casa rica. Dos habitaciones pequeñas en la derecha en el rincón del foro, otra que hace de despensa, estrecha y baja; se ven botellas acostadas en estanterías, damajuanas, cajones, latas. Medio foro, hacia la izquierda, lo ocupa otra habitación, grande, otros cuartos. En el centro tres escalones y un rellano alfombrados llevan al piso de arriba. En el lateral izquierdo, la cocina; por su puerta cuadrada y su ventana oblonga, sin batientes, se ven los fogones y el horno de azulejos blancos, los bronce y la batería relucientes. En proscenio, adherido al muro que recuadra la cocina, estrechos escalones que llevan a la calle. Hacia la derecha, dos largos bancos bordean la gran mesa forrada de hule ocupada por baldes con champagne helándose, postres calientes, fruterías cargadas, botellas de licores, etc. Otra mesa bajo la ventana. Amplia heladera en foro. Camino de esparto o lienzo va de cocina a escalera. Banquillos y sillas de patas cortas. Canastos, paneras, bandejas, etc. Las 22.30. Invierno. En la cocina lavan y secan vajillas ruidosamente. José está apoyado en la puerta del cuarto de foro izquierda, los brazos cruzados sobre el pecho, lentes negros oscureciéndole el rostro. Viste negro. Detrás de él, Lola, sentada en la cama, se hamaca abstraída. Es fea. Isabel sale de primera derecha. Es limpia, espumosa en su tualé de mucama, bella. Se sienta ante su puerta en silla baja y mirándose a un espejo de mano canturrea algo de su tierra, su cintura y sus muslos inquietos.)*

EUSTAQUIO. — *(Con bandeja cargada baja veloz del comedor. Smoking, guantes blancos, gomina. Deja su carga en la ventana.)* Vamos... *(Va a la mesa.)* Oporto, jerez... *(Metiendo botellas en un cesto.)* Una, dos, tres... *(A Isabel.)* ¡Linda!

ISABEL. — ¡Tonto!

EUSTAQUIO. — Una, dos, tres... ¡Cómo embarcan!... *(A José.)* ¿En qué copas se sirven?

JOSE. — *(Antipático.)* En las blancas. Los vinos generosos en las blancas, medianas. ¿Cuántas veces?

JOSE. — (*Asomando.*) ¿Qué ocurre?
 LOLA. — Deja; no te metas.
 CHINA. — Su paisano.
 JOSE. — ¿Qué?... (*A Alcibiades, que reaparece.*)
 ¿Qué pasa?
 ALCIBIADES. — Nada, José... Cuidado...
 JOSE. — (*Acompañándole.*) Anda despacio, no te precipites.
 ALCIBIADES. — Sí. (*Desolado.*) Es que non sirvo pra esto. Son muchos a mandare, muchos a pedir. ¿Ves?... Cha me olvidei... Non sé qué me mandaron... ¡Ay! (*Parece sonámbulo.*) Espera... (*Se tiene la cabeza.*) Me olvidei... Me olvidei...
 JOSE. — (*Contiene su fastidio.*) ¡Qué bruto eres, Alcibiades!... Pon atención...
 ALCIBIADES. — (*En la escalera.*) Quisiera irme, Gosé...
 JOSE. — No.
 ALCIBIADES. — Non estoy a justo... Non es mi oficio...
 JOSE. — (*Temeroso.*) Calla... ¿Y vas a dejarme así, Alcibiades, con mi suplente de enemigo y la dueña rabiando?
 ALCIBIADES. — Ese sí que es listo; hay que ver cómo se las arrejla.
 JOSE. — No; sigue, sigue por unos días más; ten paciencia. Esta es noche de excepción: un banquete... Aguarda a que cure de esto... ¡maldición!...
 ALCIBIADES. — Sé... sé... no te amargues... (*Se detiene.*) Es que entro al comedor y estoy perdido. Tanta luz, tantas mugueres bonitas, tantos hombres con anteegos, duros como muertos... e sobre todo os ogos de a patrona que me persiguen... Non sé... me trabo... me...
 JOSE. — No hagas caso, no la mires a la patrona, ya te acostumbrarás a ella... Ve, no me abandones; haces un favor a un paisano...
 ALCIBIADES. — Sé, Gosé, sé...
 JOSE. — No mires, escucha, pregunta...
 ALCIBIADES. — Sé... Voy... Voy... sé... Cuidado... No... Sí... (*Mutis.*)
 JOSE. — (*En el descanso.*) No corras... no corras...

LOLA. — (*Sale, busca; en voz baja.*) José... ven, no me inquietes.
 JOSE. — (*Acompañándola.*) ¡Ciego quisiera quedarme!...
 LOLA. — ¡No! (*Se persigna.*)
 JOSE. — ¡Ciego! (*Mutis de los dos.*)
 ISABEL. — (*A China.*) ¿Que no has querido?... Mentira... ¿No has querido?... Sí, porque no contestas. ¿A cuántos? Vamos, la verdá.
 CHINA. — (*Con pudor.*) A uno.
 ISABEL. — ¿Amor, verdá? (*Ante el silencio de China.*) Amor. ¿Señorito? Señorito. ¿Perro?... Perro, como todos.
 CHINA. — Me echaron.
 ISABEL. — Yo me vine a América.
 OTTO. — (*Por escalera de proscenio. Buen mozo, fuerte. Gran piel sobre la librea. Se quita los guantes.*) ¡Oh... qué linto!...
 ISABEL. — ¿Frió?
 OTTO. — Bastante. Empieza a caer una lluvia fina, fina. Es linto antar por la calle con este frío pensando, con amor, en que se va a liegar a este rincón caliente... tonte le espera una compañía tan tulce. (*Tiene los ojos serenos. A China, tierno; por su labor.*) ¿Por dónde fa? ¿Falta mucho?
 CHINA. — Oh... Y a cada momento pregunta lo mismo.
 OTTO. — Teseo de oírla. (*Sonrien.*)
 ISABEL. — Otto.
 OTTO. — (*Golpeando sus tacos.*) ¿Senyorita?
 ISABEL. — Siéntese.
 OTTO. — Gracias. Acepto.
 ISABEL. — Cuéntenos algo de la guerra.
 OTTO. — ¿Para entrar en calor?
 ISABEL. — Para olvidar la cena que no llega.
 OTTO. — ¿Ferdún?
 EUSTAQUIO. — (*Corriendo.*) ¿Qué hacé, Hindenburg²³?
 OTTO. — ¿Qué hacé, Garibaldi? (*A una indicación de Eustaquio para que se le acerque.*) Si ustedes no se enojan foi a sacarme esto... (*El abrigo. Aparte a Eustaquio.*) ¿Qué hay?
 EUSTAQUIO. — (*Idem.*) Arrinconáte.
 OTTO. — (*Idem.*) Cuidado. (*Muy serio.*)

Es el collar que el novio de la niña le ha regalado esta noche con el anillo de compromiso. Es una oportunidad que no se puede perder. Está a nuestro alcance, sin vigilancia, en la consola de la salita. Sube, tranquila, ya que si te ven, tu presencia no extrañará, mientras que la mía sí. Dices que está en el estuche abierto... te lo guardas en el seno y te vuelves, tranquila...

LOLA. — No...

JOSE. — Sin temor. Luego yo, en un descuido, lo escurro en el saco de calle que ese cretino deja allí en la percha. Notarán la falta en seguida, llaman... yo mismo voy por la policía, viene el registro y...
(*Da lástima en su maldad inocente.*)

LOLA. — ¡José... estás loco, estás loco!

JOSE. — (*Hosco.*) ¿No quieres?

LOLA. — ¡Es robar, es un delito, iremos a la cárcel!

JOSE. — ¡Te arrepentirás!... (*Va hacia su habitación.*) ¡Solo!... (*Llora ahogado.*) ¡Sin nadie!... ¡Ni tú estás por mí, ni tú, cochina! (*La zamarrea.*)

LOLA. — ¡José!

JOSE. — ¡Ni tú, cochina!

LOLA. — ¡Cálmate, José... Calla... Van a oírte... Cierra.

JOSE. — ¡Ni tú, cochina!... (*Cierra de un golpe.*)

EUSTAQUIO. — (*Bajando.*) ¡Los postres!... Vamo. (*A Piccione que aparece.*) Los postres.

PICCIONE. — St... (*Una pausa.*) Que saboréeno. No habrán comido mucha vece así. (*Por el postre que dejó Carlota.*) Lleva eso. Es hatchise*. Col primer bocado subirán al paraíso.

EUSTAQUIO. — Envenenados. (*Limpia bordes de fuentes, se atarea, pero piensa en otra cosa, está lejos.*)

PICCIONE. — ¿Qué?... (*Hiriente.*) Osté e muy gracioso, jóveno sirviente.

EUSTAQUIO. — (*Por otras fuentes.*) ¿Esto también se yeve?

PICCIONE. — ¿Por qué no se conchava al teatro? Haría un lindo pulchinella. (*Lo empuja suavemente con el abdomen.*) Me farrea siempre, osté...

EUSTAQUIO. — Vamo con ese adomen.

PICCIONE. — Yo te voy a dare un susto.

EUSTAQUIO. — ¿Disfrazao de sábana? (*No le da importancia.*)

PICCIONE. — No, de viuda.

EUSTAQUIO. — Está fuera e' forma.

ALCIBIADES. — (*Alborozado, en el foro.*) ¡Eran los postres!

PICCIONE. — ¡St!... ¡No grita!

ALCIBIADES. — (*Muy bajo.*) Eran los postres. Casi me olvido.

EUSTAQUIO. — Bueno, ya lo dijiste. Llevá el vino.

ALCIBIADES. — No, los postres.

EUSTAQUIO. — ¡Uffa!... Los yevo yo. Subí el champán.

ALCIBIADES. — Sé. (*Saca las botellas de los baldes.*)

PICCIONE. — ¿Qué hace?

ALCIBIADES. — Llevo el vino. (*Parece que se miran sus propios ojos.*)

EUSTAQUIO. — Llevá con los baldes.

ALCIBIADES. — Non hace falta; ya están limpias.

EUSTAQUIO. — Pero, ¿a vos te arrancaron verde?

ALCIBIADES. — ¿Eh?

EUSTAQUIO. — Subí todo, te digo; no te encaprichés.

PICCIONE. — Ma... dígame un poco... (*A Eustaquio.*) Yo estoy intrigado... (*A Alcibiades.*) ¿Osté qué hacía antes de venir aquí?

ALCIBIADES. — (*Radiante.*) Colchonero. (*Arrepentido mira hacia el cuarto de José con temor.*) ¡La metí!

PICCIONE. — (*Luego de mirar a Eustaquio con asombro. Contento.*) ¡Ah, cosía materazze, colchones! ¡Esto es ináudito!... No se ve a ninguna parte del mundo. Sólo acá. Vivimo en una ensalada fantástica. ¡Colchonero!... Eh, no hay que hacerle, estamo a la tierra de la carbonada: salado, picante, agrio, dulce, amargo, veneno, explosivo... todo e bueno: ¡a la cacerola! ¡Te lo sancóchano todo e te lo sírvenlo! ¡Coma, coma o revienta! Ladrones, víctimas, artistas, comerciantes, ignorantes, profesores, serpientes, pajaritos... son uguale: ¡a la olla!... Te lo báteno un poco e te lo brindano. “¡Trágalo, trá-

galo o reviente!" ¡Jesú, qué Babilonia!... "Señores habitante, que cada cual se agarra co las uñas que tiene; la cuestión es agarrarse". "¿Se ha agarrado?... ¡Qué tipo inteligente! ¡Bravo! ¡Bravo!..." ¡Qué paíse fantamogórico! No te respétano nada, te lo improvisano todo, te lo retuérceno todo, te lo transfórmano todo. E come una galera de prestiyitadore: pone un aniyo e te sacan un paragua; pone un pañuelo e te sacan... (Por Alcibiades, que parpadea, tieso.) Un ganso vivito e coleando.

ALCIBIADES. — Con primiso. (*Mutis escalera.*)

EUSTAQUIO. — Sí, una galera... la gran galera: mete un ruso quinielero y sale un señor con auto; mete un tarugo con clavos y sale un cavalier de frac; mete un tagai lustrapiso y sale un dueño de stú. El único que no entra en la galera es el crioyo. ¡Es un gran país éste... pa' ustedes!...

PICCIONE. — St... Aspera. ¿Por qué se va?

EUSTAQUIO. — ¿Qué quiere? Arriba son veinticinco los comensales. La señora está con los pájaros.

PICCIONE. — Una pausa. Hágame ver. (*Revisa los pasteles con atención de perito.*)

EUSTAQUIO. — ¿Quiere un microscopio?

PICCIONE. — ¿No digo? ¡Un pelo!... (*Llama.*) Señora Carlota. (*Rabiando.*) ¿Ve, se yo no miro?... ¡Un día de esto tengo que hacer un ejemplo!...

EUSTAQUIO. — (*Por el anillo con brillante que usa el chef.*) Calmáte, se te va a perder el sarso.

PICCIONE. — (*Mostrándole el puño.*) Pierda cuidado, tiene un buen engarce.

CARLOTA. — (*Apresurada.*) ¿Mesié?

PICCIONE. — Mira.

CARLOTA. — ¿Un pel?... ¡Oh, non es mío, mesié!

PICCIONE. — ¿E de quién?

CARLOTA. — No sé... Segá de Isabel, que se peina tod el di.

EUSTAQUIO. — (*Con fastidio.*) ¿Por qué acusa, batilana *? Es suyo. ¿No ve que es tordiyó? Me voy. Estoy seco.

PICCIONE. — ¡El pelo! (*Lo saca.*)

EUSTAQUIO. — ¡Uffa!... (*Mutis.*)

PICCIONE. — Esta crine e suya.

CARLOTA. — Me no, mesié.

PICCIONE. — ¡Qué mennó! Esta la seconda crine de la noche; a la tercera l'afeito la cabeza.

CARLOTA. — Me no... Me no...

PICCIONE. — ¡Qué mennó, mennó!... ¡Menno vino, señora Carlota!

CARLOTA. — ¡Oh, señor, no es manera ésta! (*Va hacia foro.*)

PICCIONE. — Póngase esta cofia maledetta. Se lo pido en nombre de la cocina francesa que representa tan mal.

CARLOTA. — ¡Oh, usted representa bien a la italiana! (*Mutis forillo izquierda.*)

PICCIONE. — ¿Qué barbotta?... Nu ejemplo tengo que hacer. Mennó... Mennó... (*Elige las dos mejores manzanas de una frutera y va a esconderlas en los bolsillos de su saco colgado en el rincón derecho. Entra a la despensa a arreglar el desorden.*)

CARLOTA. — (*Con cofia; empujando a Cacerola.*) ¿Qué hacía allí escondid?

CACEROLA. — Pensaba.

CARLOTA. — Mentiras.

CACEROLA. — Bueno: descansaba. ¡Alargáme!

CARLOTA. — Espiaba.

CACEROLA. — Maccana. (*Desprendiéndose.*) ¡Alargáme!

CARLOTA. — Voy a contar arrib.

CACEROLA. — Hacé lo que te gusta. Yo cuento que bébese. (*Empinar.*)

CARLOTA. — ¡Atrevid!

CACEROLA. — ¡Oh, conmigo no, franchesa!

CARLOTA. — ¡Camín a la cocín!...

CACEROLA. — ¿Se hamo entendido?... Saluti a zía. (*Mutis.*)

CARLOTA. — ¡Atorrant!... (*Llorosa.*) A una pobre vieja... (*Lo sigue.*)

JOSE. — (*Abre su puerta; tiene abrazada a la infeliz.*) Eres buena, Lola; eres una santa, perdóname... (*La besa.*) Perdóname... Anda, sube tranquila, sin prevenciones... En la salita... Verás, nos salvamos. (*Asoma.*) No hay nadie. Apresúrate... Yo te aguardo en el cuarto... Ve... No temas... (*Mutis.*)

LOLA. — (*Temblorosa.*) ¡Ay, madrecita mía!...

(*En el descanso.*) ¡Ay, madrecita mía de mi alma!
(*Mutis.*)

SECUNDINO. — (*Por izquierda, con gran ramo.*)
Vamos... Otro ramo para la niña. Y va la doce-
na... A ver una.

ISABEL. — (*A China que se le adelanta.*) ¿Vas
tú?

CHINA. — Sí.

SECUNDINO. — (*Entregando el ramo.*) Y blan-
cas. Símbolo de pureza. ¡Hay que ver cómo está el
mundo!

ISABEL. — (*Mientras China vase.*) Y se casará
con azahares en el altar mayor, engañando a Dios
a toda orquesta, y la llamarán señora. ¿Qué quiere
usted? Viven arriba.

SECUNDINO. — ¡Hasta que venga un viento y
los tumbel!

ISABEL. — ¿A éstos?... Se conoce que no ha ce-
nado usted aún. (*Mutis. Secundino va hacia la co-
cina. China mutis. El va a entrar a la cocina.*)

PICCIONE. — (*Reapareciendo.*) Portero, ¿a dón-
de va?

SECUNDINO. — Dispense usted, chef. No le ha-
bía visto. Van cuatro horas largas que estoy de pie,
en el umbral. Me he helao. De hambre y de frío.
Con cualquiera de los dos se muere un hombre, con
los dos un burro. Calcule usted.

PICCIONE. — Calculo. Osté no se ha muerto to-
davía.

SECUNDINO. — (*Ríe sumiso.*)

PICCIONE. — ¿E qué quiere? (*Se sienta.*)

SECUNDINO. — Algo que engullir.

PICCIONE. — Está bien; ma pida, no atropeya.

SECUNDINO. — No, señor, no.

PICCIONE. — (*Por la de cocina.*) Esa puerta e
sagrada.

SECUNDINO. — De acuerdo.

PICCIONE. — (*Llama.*) Caceró... Dále na co-
creta caliente al portero.

SECUNDINO. — Gracias. (*Anda, golpea sus ma-
nos enguantadas.*) ¿Por dónde están?

PICCIONE. — A los postre. (*José espía, angus-
tiado.*)

SECUNDINO. — ¡Así les sepa a hiel!...

PICCIONE. — ¿Cómo?

SECUNDINO. — ...aunque les haya dao usted
ambrosía.

PICCIONE. — ¡Ah! So reflexione sociológicas. Así
n'entendemo, portero.

SECUNDINO. — Claro, no tienen prisa. Están al
calor de la gran chimenea, muy juntos, medio des-
nudas, ahitos, bebiendo... Allí los quisiera, en la
puerta, viendo pasar la pulmonía, allí. ¡Injusticia²⁴!
¡Estos millionarios!... Si se les pide un aumento así
(*uña*), de cinco pesos —miseria, bochorno, sonrojo,
vergüenza—, te dicen: "Sí, sí... ma però tengo que
pensarlo... y hoy me duele la cabeza". Analfabetos,
además. No hablan, eructan, ensuciando el mejor
idioma del mundo. ¡Asco! ¡Tóxico! ¡Millonarios y
ahorran! ¡Repugnan! (*Sonríe.*) Si mañana Dios se
acordara de mí —que no... todavía—, si me mirara
—que no—, que para mí está ciego desde que nací
—y no hace poco...— que ya ni las mujeres me
gustan; si me mirara, si me viera entre tanto crá-
pula enriquecido, arrodillado (*se está arrodillando*),
humilde (*se quita la gorra*), sonriente (*máscara*), ex-
pectante, pobrecito yo... y condolido (*lo mira*) al
fin me empinara... ¡Dios! para vengarme de éstos
(*los de arriba*) por tanto esperar desnudo... ¿qué
más me quedaría que imitarles? (*De pie ya, encas-
quetándose la gorra, postura.*) ¿Cinco pesos más, a
ti?... ¡No! ¡Agoniza! (*Cacerola asoma con la al-
bóndiga ensartada en un tenedor largo. Trae pille-
ría.*)

PICCIONE. — (*En su banquito.*) Cómase esta co-
creta caliente, Lenine²⁵.

SECUNDINO. — Sí. Me ensucio... (*Por plato.*)
Ponla aquí... Espera... Oye... dámela... (*Cacero-
la se la introduce en la boca.*) ¡Quema... asesino!...
(*Suena timbre.*) ¡Voy!... (*La escupe.*) ¡Maldita
sea mi estampa! (*Mutis.*)

PICCIONE. — (*Ríe con su panza. A Cacerola, rojo
de risa contenida.*) Caceró.

CACEROLA. — ¿Profesó?

PICCIONE. — ¿L'ha hecho a propósito?

CACEROLA. — ¿Qué?

PICCIONE. — La polpetta caliente.

CACEROLA. — Sé. E gayego. (*Rien.*) A lo gayego hay que...

PICCIONE. — (*Serio.*) St... Basta. No comenta (*Isabel reaparece. Ha cambiado zapatos. Se los abrocha con un pie en un banco.*)

CACEROLA. — Profesó... (*Le señala con los ojos lo que Isabel muestra e indica con ademán característico que le gusta.*)

PICCIONE. — (*Alevoso.*) ¿Qué?

CACEROLA. — (*Tomando confianza.*) ¡Qué piatto!

PICCIONE. — (*Le arrima un mamporro.*) ¡Boca sucia!

CACEROLA. — (*Lejos.*) ¿E a osté no le gusta, si acaso?

PICCIONE. — ¡Caceró... que te desfondo!... (*No da en el blanco.*)

CACEROLA. — ¡No!... (*Mutis.*)

PICCIONE. — Isabel...

ISABEL. — (*Sin mirarle.*) Diga.

PICCIONE. — Estoy sin habla.

ISABEL. — Perdona usted, no había reparao. (*Se vuelve; pone el otro pie sobre el banco.*)

PICCIONE. — (*Se le acerca, lascivo.*) ¡Qué espectacular que es osté, Isabelita!...

ISABEL. — ¡Una mujer muestra el alma en los pies! Así calzas, así eres.

PICCIONE. — Eso so do piñone.

ISABEL. — Pero no para tu guiso, cocinero.

PICCIONE. — Mire que e malifa, osté; malifa e sonesa. Pudiendo estar bien a la vida.

ISABEL. — Y usted darse un gusto.

PICCIONE. — Estaría como una reina.

ISABEL. — Es mucho. No lo merezco.

PICCIONE. — ¿No ve?... Toda uguale las mujere. Después se cásano co cualquier manya ceboya.

ISABEL. — ¡Atiza! Como declaración no está mal.

PICCIONE. — No sea arisca. Miráme.

ISABEL. — Te miro.

PICCIONE. — Si me deja la iniciativa te saco del sótano e te pongo un primer piso.

ISABEL. — Me marean las alturas.

PICCIONE. — (*Muy cerca.*) ¿No ve?... Ahora se marea.

ISABEL. — (*Por el abdomen.*) Quita eso, romántico.

ALCIBIADES. — (*Trae vajilla y botellas.*) ¡Más vino!... (*Piccione se aparta.*) ¡Son como esponjas!... Coidado... (*Deja la bandeja en la ventana.*)

ISABEL. — (*Pellizcándose.*) ¿Estaré despierta?

ALCIBIADES. — (*Como si le llamaran.*) ¡Va!... (*Carga con dos baldes. Tropezada en la escalera y cae.*) ¡Madre!...

PICCIONE. — ¡Quédase así! Descansa un poco en cuatro pata. ¡Arruina programa!

JOSE. — (*Acude asustado.*) ¿Qué?

ALCIBIADES. — ¡Na!... (*A China que baja.*) Coidado... (*Mutis. José ocultándose tembloroso.*)

CHINA. — (*A Isabel.*) ¿Viste a la niña?

ISABEL. — Sí.

CHINA. — ¡Qué pilla es!

PICCIONE. — ¿Qué tiene?

CHINA. — En la cabecera... sentada al lado del novio, rodeada de flores, lo mira engañosa y cuando le habla baja los ojos. La monjita. Si supiera el pobre.

PICCIONE. — (*Enredador.*) ¡Juh!

ISABEL. — ¿Y tú crees que no sabe? Sabe.

PICCIONE. — (*De acuerdo.*) Eh...

CHINA. — A lo mejor está en ayuna. Tiene cara de oír yover.

PICCIONE. — Abajo del paragua, però.

ISABEL. — Sí, fiate de ésos. Aquí lo que llueve es dinero y mientras llueva él se hará el ciego y ella seguirá usando telescopio. Da asco. Con todo lo que a mí me ha pasado —que no es poco...

PICCIONE. — A la vida hay que conocerla.

ISABEL. — ...éstos (*por los de arriba*) no me llegan al zapato. Ni a mí ni a ti. ¿Tú conoces bien la historia de esta casa?

CHINA. — Algo.

PICCIONE. — (*La conoce bien.*) ¡Uh!...

CHINA. — Contá.

ISABEL. — Que te la cuente el chef.

PICCIONE. — ¡Nunca!

ISABEL. — No se haga usted el discreto. (*A China.*) El la conoce de antiguo.

PICCIONE. — Uh

ISABEL. — Fueron como nosotros.
 PICCIONE. — Menos.
 ISABEL. — La señora lavaba; el señor fue carbonero...
 PICCIONE. — Marinero.
 ISABEL. — ...u cosa así, y de pronto, por el hada y la varita, millonario. Caprichitos de la magia. Bueno, la historia de un rico de América. ¿Pa qué más?... La niña, ya ves... cree que los hombres sirven pa un rato.
 PICCIONE. — Y es un errore.
 ISABEL. — En dos años que estoy en la casa, ha roto dos noviazgos y dos... que no lo eran. Aquí el que ha salido bueno es el niño.
 CHINA. — ¿Victor?
 PICCIONE. — Macanudo el nene.
 ISABEL. — Ese por una farra alquila o vende a la familia. Y cómo que la venderá, no te ocupes... (José, angustiado, sale en busca de Lola.)
 PICCIONE. — Cuidado... el orejero*. Ese cuenta todo. (Siguen hablando en voz baja.)
 JOSE. — (Hacia el segundo tramo de la escalera.) ¿Qué? ¿Qué haces?... Baja...
 LOLA. — (En el descanso, sollozando ahogada.) No puedo, José; no puedo.
 JOSE. — ¡St!... Calla...
 LOLA. — No puedo. Perdóname... (Se apoya en él para descender.) Perdóname.
 JOSE. — St...
 CHINA. — (Acudiendo.) ¿Qué tiene?
 JOSE. — Nada... Se ha descompuesto... (Sonríe, livido.)
 LOLA. — No...
 ISABEL. — Lola, ¿qué sientes?
 LOLA. — Ya pasó... Gracias.
 PICCIONE. — Llévala a la cama. (Pasan.)
 ISABEL. — Acuéstate.
 CHINA. — Sí... (Arregla las almohadas.)
 ISABEL. — Hace días que no estás bien tú. También, hija, te ha tocado un hombre...
 LOLA. — ¡No, si no es por él!
 ISABEL. — No me digas.
 LOLA. — Soy yo que... (Llora.)
 ISABEL. — Vamos, mujer; un poco de valor.

CHINA. — La pobre.
 PICCIONE. — (A José que se ha detenido.) ¿Qué le ha pasado?
 JOSE. — ¡Qué sé yo! Cosa de mujeres. Gracias.
 PICCIONE. — ¿Quiere que le diga lo que pienso?... Osté no trata bien a so señora, José.
 JOSE. — No. No le permito, chef. Ese asunto está lejos de la cocina. Es mío, particular. No le permito.
 PICCIONE. — Tomálo como quiera. Hace mucho que se lo tenía que decir. Porque... está bien que el mandolino sea suyo, ma téngalo afenado al meno. (Mutis izquierda. Silencio. José está de espaldas. Se quita los lentes. No se sabe si se seca lágrimas o se limpia... La idea fija desencaja su mandíbula y crispas sus manos. Algo crece en él y se concreta. Sube hasta la meseta; sigue subiendo, prudente.)
 OTTO. — (De la calle. Deja su abrigo sobre un banco. A Isabel que avanza.) ¿Qué?
 ISABEL. — José que le ha dao otro disgusto a esa infeliz.
 OTTO. — No sufra. A ellia le gusta. A todas les gusta el matrimonio.
 ISABEL. — Todas no han de ser así.
 OTTO. — No; con securitát. Este es malo, pero por lo general... son peores.
 ISABEL. — Me acechas... Me acechas...
 OTTO. — ¿Yo?... No. Usté se casará y será muy feliz... Como Lola.
 ISABEL. — Sí, porque yo voy a elegirme un José.
 OTTO. — ¡No! Un noche di éstas fajará a la cocina un príncipe heretero. Usté es una criatura inocente.
 ISABEL. — ¡Que te crees tú eso!
 OTTO. — Que se cré muy fifa y se queda aquí afajo a gastar los años de la jufentú que no fuelfe y que se arrepentirá tarde, fieja, cuanto no pueda ser más que sirvienta y lliore.
 ISABEL. — Me acechas...
 OTTO. — Afuera es todo alecría para usté, pero usté es muy fifa.
 ISABEL. — Sí, tan fácil.
 OTTO. — ¡Oh, muy tificil!... Yo no insisto más. Usté es impermeafle.

ISABEL. — Tan fácil... Un salto así... Temo caer en el vacío.

OTTO. — ¿De qué tiene miedo? Usted no estará nunca sola. Y soy un buen amigo siempre pronto a defenderla... desde lejos... un hermano.

ISABEL. — Lejos.

OTTO. — Lejos, ¿me cree?

ISABEL. — ¿Siempre?

OTTO. — Siempre y en cualquier caso. ¿Me cree?

ISABEL. — Sí... aunque tiene usted un empeño en todo esto que... no sé... no sé...

OTTO. — ¿Qué no sabe?

ISABEL. — Dilo claro, no me engañes: ¿qué vas tú en esto?

OTTO. — La alegría de salvarla de esta fida. Un buen impulso tel corazón. Me duele que una muchacha tan linda...

ISABEL. — ¿Nada más?

OTTO. — (*Sonríe.*) No, usted no me cré. No insisto... Criatura. Quiere ser aquí afaño más alta que las de arrifa. No insisto... pero aquiellas son menos inocentes que usted.

ISABEL. — Verdá que al verlas tan felices a tan poca costa le dan ganas a una de imitarlas, tirar por la calle del medio y terminar con esta vida de ansias, de humillaciones y de sacrificios que a la postre no se lo agradece ni la propia madre.

OTTO. — (*Sonríe satisfecho.*) Usted es crandecita y sabe lo que hace... No insisto... (*En la puerta.*) Permiso... ¿Qué le pasa, Lola?... (*Isabel también entra. José está en el descanso. Ha robado el collar. Va a la percha y lo oculta en un saco. Se acerca a Lola.*)

LOLA. — José... Ven... No me dejes... (*Lo atrae, angustiada.*)

EUSTAQUIO. — (*Corriendo.*) ¡Araca, la niña!... (*Hacia la cocina.*) Baja la niña. (*Movimiento. Otto va a apoyarse en la escalera de proscenio. Isabel saca cosas de sobre la mesa; China le ayuda. Eustaquio, mutis llevando efectos. Piccione aparece, gorra en mano. Se les ha apagado el brillo a todos; son ahora lacayos. José cierra, aterrado.*)

PICCIONE. — (*A Cacerola, que hace una salida desatentada.*) ¡Va dinto, shimia! (*Mutis Cacerola.*)

EMMA. — (*En el descanso.*) ¡Uff, qué ambiente!... (*Está muy pintada, pero es realmente hermosa. Viste traje de suaré * costoso y libre.*)

PICCIONE. — ¡Oh, qué honore, señorita Emma, cuál honore!

EMMA. — ¿Cómo está, Piccione? (*Desea terminar pronto.*)

PICCIONE. — Deseando, señorita Emma, hacer llegar hasta usted mis ardientes plácemes porque se hanno cumplido sus anhelos comprometiéndose esta noche, oficialmente, con el distinguido así como talentoso dottor Jacinto... Jacinto...

EMMA. — Gracias, Piccione. (*Avanza.*) Otto.

OTTO. — ¿Senyorita? (*Se cuadra. Isabel, China, Carlota y Cacerola, que asoman, sonrien estúpidamente.*)

PICCIONE. — (*A Cacerola, perdido.*) ¿Cómo se yama esto Jacinto?

CACEROLA. — ¡Qué sacho ío!

PICCIONE. — (*Interrumpiendo a Emma y Otto, iluminado.*) Jacinto Acuña. Esto es. (*Con humildad pedantesca.*) Lástima grande, egregia señorita Emma. (*Ella está fastidiada, Otto sonríe.*) Que mi humildísima ciencia culinaria no posea la habilidad de un primer maestro para presentarle a Jacinto Acuña, su novio, lo manjares que él e usted se meréceno.

EMMA. — Está bien, Piccione; bastante bien. Atienda no más... (*A los otros.*) Sigán... Sigán...

PICCIONE. — (*Retrocediendo.*) Obedezco. (*Rezonga aparte.*) ¿Cuándo ha comido mejore, pretensiosa? (*Inclinándose.*) ¡Qui t'ha visto e qui te ve, pedantona! (*A Cacerola.*) ¡Va dinto! (*China e Isabel se atarean junto a la heladera.*)

EMMA. — (*Como ahogada, recelosa. Mostrándose.*) Otto... un favor de esos que sé deberle.

OTTO. — Usted no puede deberme nada, senyorita.

EMMA. — Sólo cinco minutos. Corra a lo de Arturo, en Bulnes... Debe estar desesperado. No he podido hablarle por teléfono hoy, como le prometí. Dele esto. (*Esquela que Otto oculta instantáneamente.*) Dígale que esté tranquilo, que no se alarme, ni me alarme... que le veré mañana... ¿eh?...

OTTO. — Pien, senyorita.

EMMA. — Y cuidado aquí...

OTTO. — Deje a mi discreción...
 EMMA. — Gracias, Otto. (*A ellas.*) ¿No han cenado aún? Qué picardía. (*Piensa en otra cosa.*)
 ISABEL. — No le hace, señorita.
 CHINA. — No hay apuro, niña.
 ISABEL. — Estamos acostumbradas.
 PICCIONE. — (*Adelantándose.*) ¿Ya ne deja, señorita Emma?
 EMMA. — Sí. (*Cacerola aparece seguido de Carlota.*)
 PICCIONE. — Quedamo a oscura entonces.
 EMMA. — (*Por Cacerola.*) Ah, ¿éste es el italia-
 nito?
 PICCIONE. — Sí. (*A Cacerola.*) Avanza.
 EMMA. — (*Tocándolo.*) ¡Qué lindo es!
 CACEROLA. — (*Rie, inquieto.*) No...
 PICCIONE. — (*Al chico.*) Dígame que aquí la única linda es ella.
 ISABEL. — Así es.
 CHINA. — Y sí. (*Rien todos servilmente.*)
 EMMA. — ¿Estás bien aquí?
 PICCIONE. — Contesta.
 CACEROLA. — Sí... Arregolar.
 PICCIONE. — ¡Ep!
 CARLOTA. — ¡Oh!
 ISABEL. — ¡Qué niño!
 CHINA. — ¡Veíanlo!
 PICCIONE. — (*A Emma.*) ¡Está jugando!
 CARLOTA. — ¡Qué mal educado!
 PICCIONE. — ¿Qué ha dicho, nemno?
 EMMA. — Déjelo. Recién venido. Ya aprenderá. Sigan... Sigan... Uff... (*Mutis. Reverencias hasta que desaparece.*)
 PICCIONE. — (*Volviéndose a Cacerola.*) ¡Ma tú sei locco!... ¿Qué ha dicho? ¡Regular!
 CACEROLA. — ¿E non e vero, si acaso?
 PICCIONE. — Ma no se dice. (*Mira a todos.*)
 CACEROLA. — ¿E per qué?
 PICCIONE. — ¡Porque se te échano vas a estar peor, brutto. (*Otto, con abrigo y guantes, va a salir. Lo rodean ávidas.*)
 ISABEL. — ¿Qué hay?
 CARLOTA. — ¿A dónde va?
 PICCIONE. — ¿Eh?...

ISABEL. — ¿Lío nuevo?
 CHINA. — Diga.
 PICCIONE. — ¿A dónde te manda?
 OTTO. — (*Pide silencio.*) St... (*Los agrupa al pie de la escalera.*) Foy a Palermo... a fer si lluefe... (*Mutis.*)
 PICCIONE. — ¡Bah!
 ISABEL. — Guárdatelo, hijo.
 CHINA. — ¡Qué pavada!...
 CARLOTA. — ¡Tacaño!... (*Mutis cocina.*)
 PICCIONE. — ¡Qué tipo cerrado!... (*Se encuentra con Cacerola.*) Regular. ¡Va!... (*Mutis detrás del chico.*)
 SECUNDINO. — (*En la escalera.*) Niñas... Un telegrama para la niña. Y van ciento. (*José espía.*)
 ISABEL. — (*A China que acude.*) Deja, quiero ver cómo está eso. (*Toma el despacho. China mutis a su cuarto. José espía.*)
 EUSTAQUIO. — (*En la meseta.*) ¿A dónde va, caramelo?
 ISABEL. — Un telegrama.
 EUSTAQUIO. — (*Deja en el suelo lo que trae.*) ¿A ver?
 ISABEL. — ¿Por qué?
 EUSTAQUIO. — Capricho.
 ISABEL. — No; basta... (*Intenta pasar.*)
 EUSTAQUIO. — ¡No me da la gana! (*La traba y la besa.*)
 ISABEL. — ¡Digo! ¡Deja!... Niño, ¿qué t'ha dao? (*Se desliga.*)
 EUSTAQUIO. — ¡Te comería!... (*Baja, en su tarea.*)
 ISABEL. — ¿No digo? Si cualquiera la manosea.
 EUSTAQUIO. — (*Lejos.*) ¿Cualquiera?
 ISABEL. — Si es lo mismo que una sea o no sea.
 EUSTAQUIO. — No te hagás la codorniz senciya.
 ISABEL. — (*Piensa.*) Llevas razón. Total... es pa lo que una sirve. (*Sale.*)
 EUSTAQUIO. — (*Llama.*) Madam Carlota... Dicen que se está por secar Mendoza, ¿será cierto?
 CARLOTA. — (*Apareciendo.*) ¿Qué dis, usté?
 EUSTAQUIO. — (*Vago además de beber que ella no entiende.*) Pregunto si se embarca...
 CARLOTA. — ¿Quián, muá?

EUSTAQUIO. — No, el petróleo. (*Prepara fruteras.*)

CARLOTA. — ¡Oh, yo no le comprand nunca a usté!

EUSTAQUIO. — Por eso. Digo si ya está hecha.

PICCIONE. — (*Adentro.*) St... ¡Bah!... ¡Bah!...

CARLOTA. — ¿Qué cos?

EUSTAQUIO. — El café, madam.

CARLOTA. — ¡Oh! Aspere, usté también. Falta un poco. (*Vase con su cofia, ebria.*)

PICCIONE. — (*Reapareciendo.*) Oiga, chistoso secante; no quiero que me chichonee más ne a la madam ne a nenguno aquí abajo.

EUSTAQUIO. — Mirá, che Káiser, me aburro... (*Se sienta.*) Estoy seco.

PICCIONE. — ¿Qué?... Serviente, está hablando con un artista.

EUSTAQUIO. — ¡No!...

PICCIONE. — So Leopoldo Piccione, ex cocinero chef del conde Gotardo, a Nápoli.

EUSTAQUIO. — Me agarraste sin tarjeta.

PICCIONE. — La mejor cocina de Italia, e una de la poca mesas a que se digna sentarse el rey.

EUSTAQUIO. — Pero lo van a sacar...

PICCIONE. — ¿A quién?

EUSTAQUIO. — Al rey. Se han dao cuenta que es tano. (*Piccione apenas contiene una carcajada.*) Una lástima. Tan bien que iba. Bueno, a vos no te importa, me han dicho que sos austriáco.

PICCIONE. — (*Hinchado por la risa.*) ¿Yo?

EUSTAQUIO. — Así dice la francesa. Yo no creo. (*Por la pila de fruta que se le desmorona.*) ¡Uffa!... Y reíte, viejo. Vas a reventar. ¿Qué querés, serio?... Sos un cocinero, un revuelve guiso, ¿qué vas a hacer? Convencéte: en esta tierra de la carbonada no engañás a nadie. Nos hacemos los engañaos.

PICCIONE. — (*Riendo.*) Me hace reír a contragusto. No me puedo enojar.

EUSTAQUIO. — Abríte. Dejá la jerarquía.

PICCIONE. — Ma qué sirviente curioso que es osté.

EUSTAQUIO. — (*Sobre aviso.*) ¿Eh?

PICCIONE. — ¿Por qué hace el moccamo?... Hay tanto trabajo más fino por ahí...

EUSTAQUIO. — Ya sé, pero... 'a galera, conte Gotardo; la galera.

PICCIONE. — (*Serio.*) Uh... comprendo... (*Melancólico.*) Eh, quien má quien meno, todo estamo a la parriya.

EUSTAQUIO. — Sos inteligente. Me tenés simpatía, confesá.

PICCIONE. — No lo puedo remediar. Soy débole con vos. (*Se le apoya.*)

EUSTAQUIO. — Estás conmigo, petizo. Apoyáte no más, con confianza; estás hablando con un criollo. El que no está conmigo es el gayego.

PICCIONE. — ¿Cuál?

EUSTAQUIO. — José.

PICCIONE. — Ese no está co nenguno.

EUSTAQUIO. — Está con el trompa*.

PICCIONE. — Co la trompa. Orejero oficiale de la patrona.

EUSTAQUIO. — Me tira.

PICCIONE. — ¿A vo?... No.

EUSTAQUIO. — Si. (*A lo que deseaba llegar.*)

¿Qué dice de mí?

PICCIONE. — Nada.

EUSTAQUIO. — No; me tira. Habla mal, yo sé. ¿Qué dice?... Diga. Dejáte de macana, ¿somo amigo o qué?

PICCIONE. — Yo no he oído nada. Ma no... ¡qué!... El pobre tiene de sobra con so jonjontiviti. Se va ocupare de...

CACEROLA. — (*Furioso.*) ¡Profesó, me está pegando! (*Señala con el pulgar.*)

PICCIONE. — ¿Quién?

CACEROLA. — ¡La francesa! ¡Ah, no profesó!

PICCIONE. — ¿E pe qué?

CACEROLA. — ¡Oh, no, profesó!

PICCIONE. — ¿Qué le ha hecho?

CACEROLA. — Por un poco de acua caliente que le ha caído al pie. ¡Ah, no, profesó: ío l'aforco!

PICCIONE. — St... Basta. (*Va a quejarse.*) Madam Carlota... (*Mutis.*)

EUSTAQUIO. — Sos bravo, petizo.

CACEROLA. — ¡A, conmigo no!

EUSTAQUIO. — Me gustás. Tomá.

CACEROLA. — ¿Qué so?

EUSTAQUIO. — Bombones. Te los manda la niña.
CACEROLA. — Gracias. (*Se los guarda.*)
EUSTAQUIO. — Lustrá esas manzanas, ¿querés?... Yo te ayudo. (*Se sienta y enciende un pucho* *.) ¡Estoy hartó!...
CACEROLA. — (*De pronto.*) Scusa... (*Le brinda el paquete de bombones.*) Se gusta.
EUSTAQUIO. — No, gracias. Sos macanudo.
CACEROLA. — (*Observando la manzana que frota.*) ¡Cómo si manya a la América!
EUSTAQUIO. — ¿Morfás * bien? (*Lo palpa.*) Estás gordo ya. Sos macanudo. Yo te quiero. Tomá. (*Le da una manzana.*)
CACEROLA. — No. Sannójano. No quiere lo profesó.
EUSTAQUIO. — Ese no quiere que robe otro. Cachá... cachá. (*Le da un mordisco a la fruta.*) Tomá; la robé yo.
CACEROLA. — Cosí sí. (*La oculta.*)
EUSTAQUIO. — Vas muerto si esperás que te den.
CACEROLA. — No... (*Bajo.*) Yo la robo cuando no me venno.
EUSTAQUIO. — ¡Vení pa cá!... (*Lo abraza.*) En tres meses no te reconoce ni el cónsul... Che... bati *. ¿Qué dice el gayego de mí?
CACEROLA. — ¿Cuál? (*Señala.*) ¿Eso?
EUSTAQUIO. — Sí.
CACEROLA. — ¡Qué sacho ío!
EUSTAQUIO. — ¿No lo oíste, vos?
CACEROLA. — No.
EUSTAQUIO. — Mejor. Me quiere pegar, ¿sabés?
CACEROLA. — ¡Amázzalo!
EUSTAQUIO. — Vos oís y me contás, ¿eh?
CACEROLA. — Se osté lo dice...
EUSTAQUIO. — Y no tengás miedo. Yo te defiendo. Cualquier cosa que te pase avisáme.
CACEROLA. — Gracie. So chiquito ma so forte. Solo me so venuto de la Italia, e solo me ne torno cuando sea rico. Mamma me espera lá, a lo paese mío, con lo paquete de libre sterline.
EUSTAQUIO. — ¿Juntás vos?
CACEROLA. — ¡La pregunta! Estamo a la América.
EUSTAQUIO. — ¿Tenés mucha ya?

CACEROLA. — Una. Ma leyítima, ¿eh?
EUSTAQUIO. — Mostrála.
CACEROLA. — (*Receloso.*) Aspera. (*La muestra.*) Legítima.
EUSTAQUIO. — (*Con un juego de mano que hace que la moneda desaparezca.*) Ya está.
CACEROLA. — ¿Qué?
EUSTAQUIO. — Me la tragué.
CACEROLA. — (*Tomándolo del cuello.*) ¡La líbera!
EUSTAQUIO. — ¡Che, la corbata!
CACEROLA. — (*Apretando.*) ¡La líbera!
EUSTAQUIO. — ¡Vamos!... ¡Largá!... (*Lo rechaza violentamente.*) ¡Te lo habías tomado en serio!... (*Hace que la moneda aparezca.*) Aquí está. (*Cacerola se la arrebató.*) Si era en farra. (*Va a salir con frutera.*)
CACEROLA. — Sé...
EUSTAQUIO. — Vos te vas rico... pero no las mostrés nunca, petizo; vas a caer con muchos que no las devuelven.
CACEROLA. — ¿A mí? No me conoce.
ISABEL. — (*Bajando apresurada.*) ¡La señora!
EUSTAQUIO. — ¡Cana!... (*Mutis comedor. Cacerola se esconde en la cocina.*)
PICCIONE. — (*Asomando.*) ¿Qué ocurre? (*Carlota muestra el hocico.*)
ISABEL. — Viene hacia aquí la señora. (*Aparece China.*)
PICCIONE. — ¿Por qué?... ¿Qué ha pasado?... ¡Atenti!... Todo el mundo a su puesto.
CARLOTA. — ¡El terremoto!... (*Se ocultan.*)
ISABEL. — (*Llamando.*) José.
JOSE. — (*Abre, rígido.*) ¿Qué?...
ISABEL. — Baja doña Emilia.
JOSE. — Sí...
ISABEL. — No sé qué ha hecho su paisano. Atenderla.
CHINA. — Yo no. (*Mutis por primera y segunda derecha.*)
JOSE. — (*Sin entender.*) ¿Mi paisano?... No... (*Se encierra.*)
ALCIBIADES. — (*En el rellano, sin carga. Perdido de miedo.*) ¡A señora!... ¡Me sigue a señora!

EMILIA. — (*Adentro.*) Ps... ¡Eh!... ¡Deténgase, bruto!

ALCIBIADES. — (*Paralizado, al pie de la escalera.*) Sé, señora.

EMILIA. — (*Recargada de brillantes. Se empeña en quitarse 20 años. Las ganas de mandar le han endurecido el gesto. A pesar de la pátina se le ve la casta. Está frenética y está cómoda así.*) Dígame, pedazo de camello, ¿de qué establo lo han sacado a usted?... ¿Qué ha hecho?... ¿Alcanza con ese zapayo a comprender lo que ha hecho?

ALCIBIADES. — Sé, señora: cuando fui a ponere o plato, ese señor levantó la cabeza e la dio contra a dulcera. Yo ya no podía frenare e lo chorrei de al-mibara.

EMILIA. — ¡Es un imbécil!

ALCIBIADES. — (*Contento.*) ¡Claro!... Se puso a conversare con esa muy fea que tiene cara chena de jrinitos y...

EMILIA. — ¡Usted es un imbécil, usted!... ¡Qué horror de gente! Vive rodeada de chusma una, de chusma que alimenta. Sitiada de gringos vive una. De gringos que saben cobrar no más. Cobrar y chismear. Pretensiosos, llenos de humos, y quién los ve: ¡con botines! Le ha dejado el smoking para la basura, ¡animal!

ALCIBIADES. — No... Se poede limpiar con cam-peche.

EMILIA. — ¡Mire!... ¡Vaya!... No se haga ver... No podría contenerme. (*Alcibiades va a salir.*) Pero la culpa no la tiene usted...

ALCIBIADES. — (*Volviéndose desde el descanso.*) ¿Verdá que no?

EMILIA. — La tiene el que lo ha traído. (*Alcibiades huye. Llama.*) José... No se esconda, José.

JOSE. — Señora... (*Lola queda en la puerta, temblosa.*)

EMILIA. — Estoy cansada, José, harta. Su recomendado acaba de ponerle al doctor Pañeque una dulcera de sombrero.

LOLA. — ¡Jesús!

EMILIA. — Y esto se lo debo a sus "enriedos" y a su política. ¿Se cree que me chupo el dedo? Se engaña por la mitá. Le encargué a usted mismo que

se buscara suplente porque a usted le pertenecía buscarlo, pero con toda mala fe me ha traído dos bestias. El que eché el sábado era un changador, y éste es un patán que no ha visto mesa en su vida. Y los ha traído por cálculo, para que no me sirviesen y no pudieran reemplazarlo.

JOSE. — Usted me desconoce, señora.

LOLA. — (*A él.*) Calla...

EMILIA. — Me lo conozco de memoria.

JOSE. — Cómo puede creer eso... Sólo mi enfermedad...

EMILIA. — Su enfermedad no entra en esto.

JOSE. — (*Cada vez más dolorido y más sumiso.*) Usted misma me ha prohibido...

EMILIA. — Que ponga mano en las cosas, sí; porque le tengo asco, ¿más claro?... (*Lola llora.*) Que usted se haya portado bien antes no es una razón para que me infecte todo.

JOSE. — Señora...

EMILIA. — Su... rejunvititis... o no sé cómo se llama, se alarga demasiado.

JOSE. — Sólo para mi mal, pero el médico dice que...

EMILIA. — El médico no sabe que usted tiene que trabajar y que yo necesito criados y no pensionistas.

JOSE. — Si usted supiese, señora, lo que llevo sufrido. No duermo, lo que como me envenena, tengo los nervios de punta...

EMILIA. — Que se los aguante su mujer los nervios...

LOLA. — Sí, señora, sí.

JOSE. — Señora Emilia... usted no es buena conmigo.

EMILIA. — ¡Ah, caiste!... Usted se cree con derechos aquí, se rumea no sé qué cosas...

LOLA. — No, señora, no.

EMILIA. — ¡Cayate vos! (*A él.*) ¡Está frente a mí como una amenaza y esto se acabó! ¿Cree que me tiene en un puño porque me le confié haciéndole seguir a mi marido? Se engaña por la mitá. No me importa que se sepa... No soy la primera ni la última celosa. Y de eso usted no puede ganar más que vergüenza. No cuente con ese asunto ni para tanto así... Yo aguanto, aguanto, aguanto, pero cuando

reviento no tengo compostura. Usté me ha hecho muchas, José; muchas. Y si está en mi casa todavía es porque me da pena de esa pobre gayega.

LOLA. — Gracias, señora; gracias.

EMILIA. — Mañana usté trae quien lo supla y si no se va mañana mismo.

LOLA. — No...

EMILIA. — Con Eustaquio me basta. (*Medio mutis.*)

JOSE. — Está bien, señora; lo buscaré. (*A Lola.*)
¿Has visto?

VICTOR. — (*En la escalera del proscenio. Simula estar ebrio. Ha llegado en auto.*) Ps... Mamá...

LOLA. — Sí; perdóname, José, perdóname. (*Entra a su pieza.*)

JOSE. — (*Solícito.*) Señora; el niño.

EMILIA. — ¿Vos?... (*José queda en el umbral del foro, de espaldas.*)

VICTOR. — Venís de periya. Iba a hacerte yamar.

EMILIA. — ¿Por qué no asististe a la comida de compromiso de tu hermana? Hablá.

VICTOR. — Por eso.

EMILIA. — Mirá cómo venís.

VICTOR. — Yo no acepto por cuñao a Jacinto Acuña.

EMILIA. — ¿Volvemos?... ¿Por qué?

VICTOR. — Porque es un imbécil y un impúdico. No tenía donde caerse muerto y buscó acomodo. Sin andarse por las ramas... Le tocó a Emma. Tiene yeta la pobre. Bueno... ella no es tampoco zonza... Jacinto Acuña... ¡Lo nombro y se me revuelve todo!

EMILIA. — Pienso de distinta manera.

VICTOR. — Ya sé. Por eso estamos hablando en la cocina. Tampoco he pedido que lo echen como se merece, a patadas. Lo desprecio por mi cuenta, solo. ¿Se me puede prohibir? ¿Se me puede prohibir que me emborrache por eso? No. Tengo veinticuatro años y soy un ciudadano libre. ¿Se me podrá prohibir que vuelva a emborracharme el día en que Emma lo largue? —que lo largará porque no es otaria—, no. Entonces no hablemos más del caso, mamita querida... con melena.

EMILIA. — No me despeines. Y andate. Que no te vean.

VICTOR. — Entonces necesito trescientos pesos.

EMILIA. — ¡Ah, no!... Aunque yores.

VICTOR. — Sin yorar.

EMILIA. — No tengo un centavo. Tu padre me cerró la caja por tu culpa.

VICTOR. — Si no me los das, subo al comedor y me hago dar el ataque.

EMILIA. — Mirá, Víctor... no me martirices. No tengo.

VICTOR. — Pedíselos a José. Ahí está.

EMILIA. — ¡Te prohíbo!

VICTOR. — Subo, y a cuenta de los que nos robará se los pido a Jacinto Acuña: "Jacinto Acuña, a cuenta de..."

EMILIA. — ¡Víctor, Víctor... has llegado a un extremo!...

VICTOR. — ¿Y ustedes, mamá? Yo la quiero mucho a mi hermana. (*Llama.*) José.

EMILIA. — (*Hacia proscenio.*) ¡Aj! ¡Qué desgracia!...

JOSE. — (*Que espera ansioso, olfateando.*) ¿Niño?

VICTOR. — Mamá quiere hablarte.

JOSE. — ¿Señora?... (*Silencio.*)

EMILIA. — José... ¿tiene trescientos pesos?

JOSE. — ¡Sí, señora!

EMILIA. — Déselos.

JOSE. — ¡De seguida!... (*Se mete a su pieza.*)

VICTOR. — Gracias, mamita.

EMILIA. — (*Yendo hacia foro.*) ¡Qué vergüenza!

VICTOR. — Mamá... Echalo a Jacinto. Esa sí que es vergüenza. Pobre Emma. (*Eustaquio que baja con platos, deja pasar a doña Emilia; Víctor abandona su borrachera.*) ¿Qué hacés, Eustaquio?

EUSTAQUIO. — Ya lo ve, niño. (*Hacia la cocina.*)

¿El café!... ¿Se va? ¿Acompañao? (*Con envidia.*)

¡Ah!... ¿Tiene un dato pal domingo?

VICTOR. — Fija. El tres en la segunda.

EUSTAQUIO. — Gracias, don Víctor. ¿Me permite? (*Mutis cocina.*)

JOSE. — Tenga usted, niño. Trescientos.

VICTOR. — Sos un tigre, gayego. (*Mutis poniéndose apresuradamente los guantes de automovilista. José sube unos escalones, cortés. Eustaquio con gran servicio de café escapa por foro.*)

LOLA. — (*En la puerta.*) José... José...
 JOSE. — ¿Qué quieres? (*Se le aproxima.*)
 PICCIONE. — (*Aparece simultáneamente con Isabel y China.*) ¿Se ha ido la tromba marina?
 ISABEL. — ¡Qué mujer!... Y qué ganas de vivir amargada.
 PICCIONE. — No, a eso del sirviente yeva razono. Ese no es un mucamo, es un perro.
 ALCIBIADES. — (*Baja, cargado; confidencial.*) Parece que va a haber baile.
 CHINA. — ¿Todavía?
 ISABEL. — ¿Por qué?
 PICCIONE. — ¿Qué ha pasado? (*Le rodean.*)
 ALCIBIADES. — Ha llegado la orquesta. (*Se va a la cocina.*)
 PICCIONE. — (*A ellas.*) ¡No te digo!
 CHINA. — Pero... ¡es zonzol!
 ISABEL. — ¡Habrás visto!
 ALCIBIADES. — Coidado... (*Va hacia escalera centro.*)
 SECUNDINO. — (*De la calle, con anotador.*) A ver. La jugada para mañana. Está el ruso de las quinielas.
 EUSTAQUIO. — (*En el descanso.*) Un peso al catorce. (*Mutis cocina.*)
 SECUNDINO. — (*Va a la mesa grande para anotar.*) Eustaquio, un peso al catorce. (*Alcibiades se agrega al grupo.*)
 EUSTAQUIO. — (*Sale.*) Después te los doy.
 SECUNDINO. — Ya me debes tres.
 EUSTAQUIO. — Qué, ¿vas a desconfiar?... (*Mutis comedor.*)
 SECUNDINO. — (*A China.*) Tú. (*Llega Otto de la calle.*)
 CHINA. — Cincuenta al cero nueve.
 SECUNDINO. — ¿A la cabeza?
 CHINA. — No; a los premios.
 ISABEL. — A mí el cincuenta, a la cabeza.
 SECUNDINO. — ¿Cuánto?
 ISABEL. — Un peso.
 PICCIONE. — Otro peso, al... (*A Cacerola que sale.*) Diche no número pe la quiniela.
 CACEROLA. — U síriche.
 PICCIONE. — (*A Secundino.*) U síriche.

SECUNDINO. — ¿Qué es eso?
 PICCIONE. — Al diesaséis. A lo vente premios. ¿Cuándo aprende el italiano?
 SECUNDINO. — ¡Jamás! ¡Ni hambriento! (*A Otto.*) ¿Usted no juega? (*A Alcibiades.*) ¿Y usted?
 ALCIBIADES. — ¡Qué prejunta!... Al veinticinco, si hay todo al corenta, si hay todo al sesenta y cuatro y si hay todo al noventa y nueve.
 SECUNDINO. — ¡Qué enredo! ¿Cuánto?
 ALCIBIADES. — Diez centavos. (*Da, también, su moneda.*)
 PICCIONE. — Se va a quedar sin plata. (*Risas.*)
 ALCIBIADES. — (*Yéndose.*) Eu sé lo que hagu. Llevu mucho perdido. Así está bien.
 EUSTAQUIO. — (*Bajando, a Alcibiades.*) Vamo, apurate, así comemos.
 ALCIBIADES. — Sé... (*Mutis, Secundino reparte boletas.*)
 EUSTAQUIO. — Chef, lo yama arriba la patrona.
 PICCIONE. — (*Asustado.*) ¿A mí?... ¿Para qué?
 EUSTAQUIO. — No sé. Están en el comedor todavía. Madam Rasimí, dice la señora que podemos cenar. (*Mutis cocina.*)
 PICCIONE. — Ma... ¿Qué me han hecho?... (*Amenazante.*) Madam Carlota, que no sea nada, ¿eh? ¡que no sea nada! ¡Prega a Iddio! (*En la escalera se recompone. Gorra en mano toma un paso humilde y mutis.*)
 CACEROLA. — (*A Secundino que se levanta.*) ¿E yo no juego?
 SECUNDINO. — ¿Tú también?
 CACEROLA. — ¿No so na persona, si acaso? Vente centavo al morto que parla²⁶.
 SECUNDINO. — Habla en cristiano.
 CACEROLA. — Al cuarentiocho. Le vente premio.
 SECUNDINO. — (*Mientras anota.*) Madam... ¿Quiniela?
 CARLOTA. — (*Apareciendo.*) ¡Ah, ui!... Treinta centavos al sesante six.
 SECUNDINO. — Sesante sis.
 CACEROLA. — ¡El boleto!
 SECUNDINO. — Toma. No me toques. (*Mutis.*)
 CARLOTA. — (*Golpeando las manos.*) ¡Alons,

muchachas! La table. Pongan la mesa, haraganas. Aquí la únic que trabaj soy yo... (Se esconde.)

CACEROLA. — (A Isabel, brindándole la manzana mordida.) Dale uno mozzicone.

ISABEL. — No, quita.

CACEROLA. — (Siguiéndola alrededor de la mesa.) Dale uno mozzicone, no sia mala.

ISABEL. — ¿Y ese mordisco?

CACEROLA. — Mío. Dale no mordisco al lado.

ISABEL. — Vamos, precoz.

CACEROLA. — ¿Qué te cuesta?

ISABEL. — ¡Que no seas cargoso! (Otto ríe silenciosamente.) ¿Has visto usted esto?

CACEROLA. — ¿Tiene cosquiya?... (La toca.)

ISABEL. — (Lo sienta de una cachetada.) ¡A ver qué va a ser esto! ¿Soy acaso una pila de agua bendita pa' que todo el mundo moje?

CARLOTA. — (Con fuente, a Cacerola que furioso va a arrojar la manzana a Isabel.) ¡Marmitón!

OTTO. — ¡No!

EUSTAQUIO. — ¡Cuidado, petizo!

JOSE. — ¡Quieto!

CARLOTA. — Me... ¡Esto es un brigant! ¡Va t'an! (Le da un coscorrón; Cacerola la atropella.) ¡Oh, mon Dieu!... (Depone la fuente en el empujón.) ¡Socorro!... (Ellas protestan.)

JOSE. — (Agarra a Cacerola, va a golpearlo.) ¡Te saco la cabeza!...

EUSTAQUIO. — ¡Eh! ¿no ve que es un chico?

JOSE. — ¿Y usted quién le mete? (Otto está cerca.)

EUSTAQUIO. — ¿Qué, va hacer el cuco conmigo ahora?

LOLA. — José... (Chista.) Pueden oírles.

CACEROLA. — (Blandiendo un cuchillo pela papas.) ¡Tocáme!

JOSE. — Miren qué chico.

CARLOTA. — (Llorando.) Me quiere asesinar. (Junto a la mesa.)

CHINA. — Es tremendo.

ISABEL. — Usé también le pega, no se queje.

EUSTAQUIO. — (Apartándolo.) Vamos... tirá eso...

CACEROLA. — ¡Ah, conmigo no!...

EUSTAQUIO. — (En proscenio, cariñoso.) ¡Sos macanudo, petizo!

SECUNDINO. — (Muerto de frío.) ¿Se come?... (Arriba suena un aplauso. Se miran, suspensos, corren todos al pie de la escalera, menos Otto que pellizca en la fuente.)

CACEROLA. — ¡Al profesó!

ISABEL. — (Maligna.) Oiga usted, madam... es al chef. ¿Y usted?

CARLOTA. — ¿Je? Je no existo. La ha hecho él la comida... ¡con la lengua!... ¡Ah, qué vid asquerós!... (Risas, a Otto.) ¡No pellizca, chanchó!

OTTO. — (Contento.) Sufre.

CARLOTA. — ¡Con el codo, l'ha hecho! ¡Qué incusticia! (Mutis.)

ALCIBIADES. — (Corriendo, muy contento.) Han aplaudido al cocinero. Ahí llega. (Piccione, en el descanso, se inclina aún a los de arriba.)

PICCIONE. — (Emocionado.) No es a mí, es a la cocina italiana ¡la mejor del mundo! (A Cacerola que aplaude como con dos tablas.) Grazie, figlio... ¡Basta!

ALCIBIADES. — (Tendiéndole la mano.) Lo felicito.

PICCIONE. — ¡Vattinne!

ALCIBIADES. — (Sonriendo.) ¿Me desprecia?

JOSE. — (A Alcibiades, pero para Eustaquio.) Ponte el saco. ¿Cuántas veces he de repetirlo? Para cenar hay que sacarse el smoking. (Los dos obedecen y José ya no deja de observar a su víctima. Arriba la orquesta ejecuta un aire español.)

ISABEL. — ¡Oiga usted eso! ¡Oiga usted!... ¡Mire si no es un chorro de luz!... ¡Ah, mi tierra!... Aquellas plazas, aquel sol, aquel aire, aquellas mujeres... ¡aqueellos hombres!...

SECUNDINO. — ¡Olé!

TODOS. — ¡Olé!... St...

ISABEL. — ¡Madre!... (Del suelo parece que subiera el ritmo hasta sus caderas; no puede resistirlo y se pone de pie. En la vertical el baile asciende hasta sus hombros.)

ALCIBIADES. — (Llanto muy bajo.) Olé.

SECUNDINO. — ¡Olé!... (Isabel se entrega, ya

no se pertenece, baila entre exclamaciones contenidas.)

EUSTAQUIO. — (A Otto.) ¡Pero manyá lo que se tenía guardao!

OTTO. — ¡Extraordinario! Es negocio. (Palmas sordas acompañan. Bustos se mueven. Pies inquietos... Cacerola da un alarido. Le hacen callar si seando. Cesa la orquesta. Isabel se sienta entre aprobaciones. Sigue un silencio. Todos miran en sus recuerdos.)

PICCIONE. — Se... no se puede negare que tiene su poco de sal e su poco de pimienta.

SECUNDINO. — (Suspira hondo.) ¡Ah!

ALCIBIADES. — (Los ojos húmedos, una mueca tonta.) La aldea... o río... a madre... os hermanos... as vacas... (José arranca a llorar, de bruces en la mesa.)

ISABEL. — ¿Qué es eso, José?... A ver...

JOSE. — ¡Déjame!

ISABEL. — Oye...

LOLA. — ¡Déjalo...! (Llora sobre él. Pausa.)

PICCIONE. — E sí... quien má quien meno... todo estamos a la parriya.

EMILIA. — (En la escalera.) ¡Que nadie salga! ¡Nos han robao! ¡Ladrones! El collar que le acaban de regalar a Emma. Falta de su estuche. (La sorpresa paraliza a los inocentes.) Estaba sobre la mesita, al alcance de ustedes, en el paso de ustedes. ¡Es uno de ustedes! ¡Chusma!

PICCIONE. — (Que se siente ajeno a sospechas.) ¿Ma e posible?

JOSE. — (Corriendo hacia la calle.) ¡La policía! ¡Hay que llamar a la policía!

EUSTAQUIO. — (Reaccionando de su estupefacción, a Otto.) ¡No lo dejés! (Otto ocupa la escalera. Las mujeres lloran. Alcibiades parece idiotizado.)

EMILIA. — (A José.) ¡No, todavía no! ¡Que nadie se mueva!... No escandalicen.

SECUNDINO. — (Repite incoherente.) ¡No puede ser! Me resisto a creer que entre ustedes...

PICCIONE. — ¡Esto es ináudito!...

EMILIA. — St... ¡Cállese!... ¡Canayas! ¡Ale-vosos, han esperado una noche como ésta... con la casa llena de gente distinguida!...

JOSE. — ¡Hay que llamar a la policía, señora!

EMILIA. — No. Ahora viene el patrón. (Sigue manoteando, rodeada de sollozos y protestas.)

OTTO. — (Aparte a Eustaquio.) ¡Fuiste tú!

EUSTAQUIO. — (Idem.) ¿Yo? ¿Trabajo quince días como un negro para alzar me con todo y... voy a embarrarla por esa porquería? Es falso.

OTTO. — ¿El collar?

EUSTAQUIO. — Sí, ya lo estuve campaneando.

OTTO. — ¿Y quién lo ha robado?

EUSTAQUIO. — ¿Sabés vos?

OTTO. — ¿Y ahora?

EUSTAQUIO. — Ahora hay que pagarlo como bueno. La cana para todos.

OTTO. — ¡Mein got!

PICCIONE. — Bueno... (Al grupo.) Non gridano.

JOSE. — (Levantando la voz.) Pero, señora, se pier-de tiempo. Es preciso llamar a la policía.

LOLA. — ¡No, José; no!

JOSE. — (A ella.) Calla tú. ¿Qué temes? Que nos registren. Hay que llamar al vigilante.

D. ESTEBAN. — (De frac. Panzón. Fuerte. Brillantes.) ¡No! Cierra esta puerta. (La del descanso.) No quiero escándalo. ¡St!... Prego. Tenemo la casa yena de gente. St... ¡El coyar va a aparecer sin la policía... a fuerza de patadas!... El ladro es uno de ustedes. St... No sé cuál. Cual sía, sía. ¡St, cá-yense! ¡Al que grida le spacco la testa!... (Agita un buen puño.)

PICCIONE. — Non gridano. El que no es puede estar tranquilo.

EMILIA. — ¡Atorrantes! ¡Chusma! Uno les mata el hambre y ellos...

ESTEBAN. — (Autoritario.) Cayáte tú también. (A ellos.) A ver... ¿Quién ha sido? (Las protestas lastimosas suben de tono.)

CACEROLA. — (Arrodillado.) ¡Io no so stato! (Grita.) ¡Io no so stato, la virgine doloratta presente! ¡La libera e mía! ¡La libera e mía!

ESTEBAN. — (A Piccione.) Haga cayar a ese estúpido.

PICCIONE. — Sé... (Al chico.) ¡Cayáte! (Lo acuesta de un revés.)

ALCIBIADES. — (Tomándose la cabeza.) ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! (Parece loco.)

LOLA. — (Echándose a sus pies.) ¡Señor, por la virgen, no llame a la policía! ¡Ni José ni yo somos, señora!

JOSE. — (A Lola.) Calla. Si ya lo sabe.

ISABEL. — ¡Señora Emilia, llevo dos años con ustedes, agradecida a sus favores, sirviéndoles como un ángel! De mí no puede dudarse.

CHINA. — Yo no hi tocao nunca un alfiler, señora...

EUSTAQUIO. — (A Otto.) ¿Qué hacemos?... ¡Esta la pago yo! ¡El prontuario!... Yo rajo.

OTTO. — (Idem.) ¡Quieto!... Sería peor. ¿No comprendes? Si vos no sos no sos.

EMILIA. — Sí, lagrimitas.

ESTEBAN. — Sé... Conozco el tejido. Levántese. Atrás. A ver... Per favor... Terminano la fiesta en paz. No quiero tocarlos. A ver... Al que haya sido lo perdono; yiuro, lo perdono, hombre o mujer. Andiamo... Cuanto más tarde peor. Pronto. ¿Quién ha sido?

PICCIONE. — A ver... El cavalier perdona. ¿Quién ha sido? (Se preguntan unos a otros: "A ver, ¿Quién ha sido? (Se preguntan unos a otros: "A ver, dona". "¡Yo no!...", etc.)

EMILIA. — (A don Esteban.) No vas a sacar nada. Es inútil, ¿no ves? Son unos cretinos.

ESTEBAN. — ¿No quieren?

JOSE. — ¡Que nos registren!

SECUNDINO. — ¡Claro!

JOSE. — Que revisen nuestros cuartos... Que registren nuestras ropas...

EUSTAQUIO. — (Tiene un palpito. Palpa sus bolsillos y siente el collar en uno del saco. Rígido a Otto.) ¡Ay!

OTTO. — ¿Qué?

EUSTAQUIO. — ¡Lo tengo yo!

OTTO. — ¿Qué?

EUSTAQUIO. — ¡El collar!... (Está por llorar.) ¡Me lo han colgao!... (Muestra la alhaja; llora.) ¡Me cachi en dié!... ¡Este es el gayego!... ¡Lo voy a matar! Y ahora, ¿qué hago?

OTTO. — Pásalo a otro.

ESTEBAN. — ¡Basta! ¡Arricónanse, malandrini! (Ya los manotea.)

EUSTAQUIO. — (Llama.) Piccione... Chef...

PICCIONE. — (Acercándose.) ¿Qué?

EUSTAQUIO. — Intervenga... A ver si arregla... (Le escurre el collar.) Perdone, ¿eh?

PICCIONE. — U... esto se está poniendo muy feo. (A D. Esteban.) Cavaliere...

ESTEBAN. — (Al grupo.) ¡Vamo! Ustedes. Pasen.

EUSTAQUIO. — (Yendo al rincón.) Encantado.

OTTO. — (Idem.) ¡Pero cómo no!

ESTEBAN. — (A Piccione.) ¡Osté también, pronto!

PICCIONE. — ¿Yo?

ESTEBAN. — Tutti. Aquí abajo no hay categoría ne distingo.

PICCIONE. — ¿Yo?... ¡Esto es ináudito!... ¿Yo también puedo ser ladrone?

ESTEBAN. — ¡Tutti!

EMILIA. — ¿Usté quién es para salvarse?

SECUNDINO. — ¡Es un criado como nosotros!

ISABEL. — ¡Aquí, aquí!

CHINA. — Todos somos iguales.

PICCIONE. — ¡Mentira!

ESTEBAN. — Osté como cualquiera.

PICCIONE. — ¡No! ¡Me resisto! ¿Qui me pone la mano encima? (A D. Esteban.) ¿Osté?... ¡nunca!

ESTEBAN. — ¡Yo lo reviso e lo contrarreviso!

PICCIONE. — Sueños. ¡Osté me toca... e yo grito! ¡Yo so Leopoldo Piccione, cavaliere!

ESTEBAN. — (Apeado.) ¡Io me nin fisqui!... ¡Va!... (Le da un empujón.)

PICCIONE. — ¿A mí?

ESTEBAN. — ¡A te!... ¡Va!...

PICCIONE. — (Grita.) ¿Tamaña ofensa a mí? ¡Ah, no!... ¡Yo te arreglo! ¡Señores invitados, se está cometiendo un atropello ináudito aquí abajo!

ESTEBAN. — ¡Cayáte!

PICCIONE. — ¡Yo te conozco, cavalier Esteban Cozza!... ¡Tú sii Stéfano el barbudo, marinero de Mihanovicho al noventa y cinco, contrabandista al puerto!

ESTEBAN. — ¿Qué?

EMILIA. — ¡Hacélo cayar! ¡Hacélo cayar!

EUSTAQUIO. — ¡Ay Dios, qué plato!

PICCIONE. — (*A Da. Emilia.*) ¡No me cayo, señora lavandera! (*Señalando a D. Esteban.*) ¡Lo he conocido descalzo, lavando la cubierta; co la gorrita e la pippa, cuando yo hacía el cocinero a la Juanita Eme!

ESTEBAN. — ¡St!... ¡Cayáte, menteroso! (*Lo agarra.*)

PICCIONE. — (*A Da. Emilia.*) ¡E de osté me acuerdo con el atado a la cabeza!

EMILIA. — ¡Pegále! ¡Pegále! ¡Debe ser él!

PICCIONE. — ¿A mí? ¡Deja que te ahorca! (*Pero no puede con el dueño.*) ¡Ay!... ¡señores invitados, me pega porque lo he arrancado la careta!

ESTEBAN. — ¡Tachi, vigliaco!...

CACEROLA. — Profesó... Tenite... (*Le ofrece su cuchillo pela papas.*) ¡Amazzátelo!...

PICCIONE. — ¡Contrabandista!... (*Grita.*) ¡Jacinto Acuña, baja, te voy a contar una historia vergoñoza!...

EMMA. — (*Trémula.*) ¡Papá! ¿Qué es esto? ¿Se han vuelto locos?... Se oyó todo.

PICCIONE. — (*Despedido por un trompis de D. Esteban.*) ¡Assasino!

EMILIA. — (*En voz baja.*) ¡Chusma! ¡Chusma!

EMMA. — ¡Mamá, Jacinto quiere bajar!... Todos preguntan qué ocurre... ¡Qué vergüenza! (*Llorra.*) Suban. Que se pierda el collar... Me voy a enfermar... Papá...

ESTEBAN. — Sí, hija, sí... (*Jadea, se recompone el traje.*) Vamos.

EMILIA. — ¡Chusma! ¡Chusma!...

ISABEL. — (*Envalentonada.*) Tampoco es manera ésta.

SECUNDINO. — No somos bestias, somos personas.

ISABEL. — A lo mejor el ladrón es un invitado.

CARLOTA. — ¡Claro que sí!

SECUNDINO. — Revise a los de arriba primero.

PICCIONE. — O a su hijo, el niño Vitto. Mucha vece los angelitos róbano.

EMILIA. — ¡Chusma! ¡Chusma!

EMMA. — ¡Vamos, mamá; déjelos!

ESTEBAN. — Sí... Después arreglamo. (*A Piccione.*) ¡Mañana!

PICCIONE. — ¡Cuando quiera e donde quiera! ¡Mi

vida e limpia, no tengo nada que esconder; no te temo!

ESTEBAN. — ¡Mañana! ¡Mañana! (*Emma y Da. Emilia se lo llevan.*)

PICCIONE. — (*Aparte.*) ¡Pasado mañana!

EUSTAQUIO. — (*A Otto que lo contiene.*) ¡Déjame agarrar al gayego!

OTTO. — Está tranquilo un minuto.

LOLA. — (*Aparte a José.*) ¿Y el collar?

JOSE. — ¡Calla, que me vendes!

SECUNDINO. — ¡Ah!, con que esas teníamos?... Bien, bien... Sabemos ya a qué atenernos. "Contrabandista, lavandera"... y mudos. (*Grita.*) ¡Millonarios!

ISABEL. — (*Acercándose a Piccione que tiembla.*) ¡Muy bien, chef, muy bien! Eso es defenderse.

CARLOTA. — Ha estado soberbio. Me reconcil.

SECUNDINO. — Alguna vez había de ser la nuestra. Venga esa mano.

PICCIONE. — ¡Retíranse, sirvientes! Ya no se puede vivir ne con lo de arriba ne con lo de abajo. Está todo pútrido; allá (*arriba*) primero te apláudeno, después te mándono en galera; acá te sóbano e apena puédeno te escúpeno. Ne revolcamos todos en el barro. Hervimos todos nel agua sucia. Me voy nel atto. Caceró, iamo. Estamos sen conchavo pero limpios. Cambiáte. (*Cacerola, mutis despensa.*) Paso, no me tócano.

OTTO. — Todo esto está muy linto, pero mañana vamos todos preso.

JOSE. — Así es. Y por uno.

PICCIONE. — No. Quiero irme, pero sen cola. Este uno va a aparecer. Se están acercando la patada de verdá. Vamo, ahora estamos solos. ¿Quién es?

OTTO. — (*Conteniendo a Eustaquio.*) Quieto...

JOSE. — Si está aquí el ladrón que lo diga. Quedamos todos sin pan por uno. Es cobardía. El que lo tenga que deje el collar y huya... no se lo vamos a impedir, ¿verdad?

OTTO. — ¡Claro! (*Los demás afirman.*)

PICCIONE. — Vamo. ¿Quién es? (*Silencio, se miran.*)

JOSE. — Yo no.

SECUNDINO. — Ni yo.

ISABEL. — Toma... ni yo.
 CHINA. — ¡Y yo menos!
 CARLOTA. — ¡Lo curo!
 EUSTAQUIO. — ¿Seré yo?
 JOSE. — Usted sabrá...
 ALCIBIADES. — ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Soy yo!
 JOSE. — ¿Qué dices? (*Sorpresa.*)
 ALCIBIADES. — Esto se enreda otra vez. Es mucho pensare... No me da a cabeza... Ya me sé o finale: me pilpito que voy a ser yo.
 JOSE. — ¡Imbécil!
 PICCIONE. — ¡Qué animale grande! Basta. Quiero irme. El registro.
 TODOS. — ¡Sí!... ¡El registro!
 JOSE. — ¿Y por quién se empieza?
 PICCIONE. — Por mí. Yo soy siempre el primero. (*Se adelanta; a José que va a registrarlo.*) ¿Osté? ¡Nunca! Una mujer. (*A Isabel.*) Usted. (*Sonriente mientras se deja registrar.*) Claro que osté no piensa que yo lo tengo. E no fórmula. (*A los demás.*) Apróntese. Apróntese.
 ISABEL. — (*Extrae la joya.*) ¡Lo tenía! (*La arroja.*)
 TODOS. — ¡El!
 PICCIONE. — ¿Qué?
 JOSE. — ¿Cómo?
 CACEROLA. — (*Que se ha acercado.*) ¡Profesó!
 PICCIONE. — ¡No!
 TODOS. — ¡Sí!
 PICCIONE. — ¡Me l'hanno puesto! ¿Qué me l'hanno puesto? ¿Quién?
 OTTO. — (*Señalando a José.*) ¡Ese!
 JOSE. — No...
 LOLA. — ¡No, él no!...
 JOSE. — (*Por Eustaquio.*) ¡El es el ladrón!
 EUSTAQUIO. — Me las puso a mí. Yo las cambié.
 OTTO. — Yo lo vi.
 PICCIONE. — ¡Oh, criminale!
 CACEROLA. — ¡Amazzátelo!... (*La cobardía de todos se ceba en él. Se defiende, pero lo abaten y lo golpean en el suelo.*)
 LOLA. — ¡No, no fue él!
 EUSTAQUIO. — ¡Déjenmelo!... ¡Déjenmelo!
 PICCIONE. — ¡Basta! ¡Basta! ¡Que la devuelva

él mismo! (*Lo levantan, le dan la joya, lo llevan hacia la escalera.*) ¡Arriba! ¡Arriba!

ALCIBIADES. — (*Sollozando en proscenio.*) ¡No, pobrecito, no!

LOLA. — (*Siguiéndolos.*) ¡No! ¡No fue él!... ¡He sido yo!...

JOSE. — (*En el descanso.*) Lola... Lola...

TODOS. — ¡Señora!... ¡Señora!...

ALCIBIADES. — ¡No, cobardes, no!

LOLA. — ¡He sido yo! (*Cae de bruces en la escalera.*)

TODOS. — (*En el mutis.*) ¡Señora!... ¡Señora!

ALCIBIADES. — ¡Pobrecito!... (*Desalentado, corre.*) ¡Ah, no!... ¡Esto no lo aguanto!... ¡Aire! ¡Aire!... (*Va hacia la calle, sin smoking, arrancándose el cuello.*)

VOCES. — ¡Señora!... ¡Señora!...

Telón